

HISTORIAS de CIENCIA FICCIÓN

L. BRIMON
BRADBURY
C. CLARKE
L. DE REY
Ph. K. DICK

GALAXIA
Ciencia · Ficción

Historias Isaac Asimov & Ray Bradbury & Arthur C. Clarke & Lester del
de cienciaRey & Philip K. Dick & Gerald Kersh & Richard Matheson &
ficción Chad Oliver & Jack Vance & Jack Williamson

Los autores que componen esta obra «Historias de Ciencia Ficción», son suficientemente conocidos de los lectores que hace innecesaria toda presentación. Sin duda que estos relatos serán de su satisfacción.

¡ES UN DÍA TAN BONITO!

Isaac Asimov

El 12 de abril del año 2117, la válvula-freno del modulador de campo de la Puerta de las pertenencias de la señora de Richard Hanshaw, se despolarizó por razones desconocidas. Consecuencia de ello, la jornada de la señora Hanshaw quedó trastornada y su hijo, Richard, Jr., comenzó a desarrollar su extraña neurosis.

No era el tipo de afección que uno calificaría de neurótica a tenor de los dogmáticos libros al respecto, y de hecho el joven Richard se comportó, en muchos aspectos, como debía normalmente comportarse un joven brillante doce años.

Pero a partir del 12 de abril, sólo con pesar podía Richard Hanshaw, Jr., persuadirse a sí mismo de cruzar una puerta.

La señora Hanshaw, en cambio, no tuvo la menor premonición de tales circunstancias en las horas que acompañaron aquella fecha. La mañana del 12 de abril se despertó como en cualquier otra mañana. El mecano penetró la habitación con una taza de café sobre una pequeña bandeja. Tenía pensado ir a Nueva York aquella tarde, aunque había que hacer una o dos cosas antes que no podían ser confiadas al mecano; de modo que, tras unos cuantos sorbos al café, decidió salir de la cama.

El mecano retrocedió, moviéndose silenciosamente a lo largo del campo diamagnético que mantenía su oblongo cuerpo a media pulgada del suelo, y se dirigió a la cocina, donde, funcionando según un sencillo computador, podía dedicarse a la tarea de preparar un apropiado desayuno.

La señora Hanshaw, tras dirigir la acostumbrada mirada sentimental a la cubografía que le mostraba la imagen de su difunto esposo, se preparó para las diversas etapas rituales de la mañana con un cierto alborozo. Alcanzó a oír a su hijo ocupado con sus primeras diligencias en el vestíbulo. Sabía que no tenía por qué interferir en asuntos tan delicados. El mecano estaba adiestrado para ello y no había por qué suplir sus funciones específicas, como ayudar a cambiarse de ropa o disponer un nutritivo desayuno. La tergo-ducha que había instalado el año anterior hacía que la mañana se convirtiera en algo tan limpio y complaciente y de forma tan perfecta que consideró que Dickie podía lavarse siempre en lo sucesivo sin supervisión.

Aquella mañana tan poco fuera de lo corriente y con tantas cosas que hacer, lo único que los acercaría sería el rápido beso que ella deslizaría en la mejilla de su hijo poco antes de irse. Escuchó la blanda voz del mecano anunciando que se aproximaba la hora de ir a clase y bajó al piso inferior mediante los flotadores (aunque su diseño para el peinado de aquel día no estaba todavía acabado), a fin de cumplir con aquel inexcusable deber de madre.

Encontró a Richard ante la puerta. De su hombro, colgando sobre el costado, pendía la cinta que sujetaba sus textos y el proyector de bolsillo, pero en su rostro se dibujaba un frunce.

—Oye, mamá —dijo alzando la mirada hacia ella—. He marcado las coordenadas escolares pero nada ocurre.

—No digas tonterías, Dickie —replicó casi automáticamente—. Nunca oí que ocurriera tal cosa.

—Bueno, inténtalo tú.

La señora Hanshaw lo intentó varias veces. Y era extraño, pues la puerta para la salida escolar estaba siempre dispuesta para una respuesta pronta. Intentó otras coordenadas. Si las puertas secundarias no respondían, al menos habría alguna indicación del desperfecto en la Puerta general.

Pero tampoco ocurrió nada. La Puerta permaneció como una inactiva barrera gris a pesar de todas sus manipulaciones. Era obvio que la Puerta estaba fuera de control... y sólo cinco meses después de la revisión anual de la compañía.

Comenzó a irritarse.

Tenía que ocurrir justamente en un día tan atareado. Pensó con ironía que un mes atrás había rehusado la oportunidad de instalar una Puerta subsidiaria, considerándolo un gasto inútil. ¿Cómo iba a saber que hasta las Puertas resultaban una engañifa?

—Sal al camino y usa la Puerta de los Williamson.

—Venga, mamá. Me ensuciaré si lo hago. ¿No puedo quedarme en casa hasta que la Puerta se arregle? —Había un tono de ironía tras la excusa de Dickie.

Con la misma ironía, la señora Hanshaw replicó:

—No te mancharás si te pones chanclos sobre los zapatos. Y no olvides limpiarlos antes de entrar en su casa.

—Pero, mamá...

—No me repliques, Dickie. Tienes que ir a clase. Y quiero ver que sales de aquí. Y date prisa o llegarás tarde.

El mecano, un modelo avanzado y de rápida respuesta, estaba ya frente a Richard con los chanclos.

Richard enfundó sus zapatos con aquella protección de plástico transparente y caminó hacia el panel de controles electrónicos.

—No sé cómo se hace, mamá.

—Aprieta el botón rojo. El que dice: «Úsese como emergencia». Y no haraganees. ¿Quieres que te acompañe el mecano?

—No, caramba —dijo con suficiencia—. ¿Qué te crees que soy? ¿Una criatura en pañales? ¡Vaya por Dios! —Su murmullo fue cortado por un zumbido.

De nuevo en su habitación, la señora Hanshaw pensó en lo que iba a soltarle a la compañía, mientras marcaba un número telefónico.

Joe Bloorn, un joven competente, graduado en tecnología y adentrado en el estudio de los campos mecánicos, estuvo en la residencia de los Hanshaw en menos de media hora. Quizá sea un muchacho de valía, pensó la señora Hanshaw, que observaba su juventud con profunda sospecha.

Abrió uno de los muros corredizos de la casa cuando llegó. Pudo verlo entonces, de pie ante la abertura, limpiándose vigorosamente el polvo del aire libre. Se quitó los chanclos y los dejó a su lado. Penetró y la señora Hanshaw cerró el muro, aplastando el rayo de sol que había penetrado por el resquicio. Deseó irracionalmente que el haber tenido que caminar desde la Puerta pública le hubiera agotado. O que también la Puerta pública misma estuviera estropeada y que el joven se hubiera visto obligado a arrastrar sus herramientas tontamente a lo largo de doscientas yardas. Deseaba que la Compañía, o su delegación al menos, sufriera un poco. Eso les enseñaría lo que significaba un fallo de la Puerta.

Pero el muchacho parecía alegre e imperturbable mientras decía:

—Buenos días, señora. Vengo a ver qué le pasa a su Puerta.

—Me alegro que haya venido —dijo ella—. Aunque ya me ha fastidiado casi todo el día.

—Lo siento, señora. ¿En qué falla?

—En todo. No funciona. No ocurrió nada cuando ajusté las coordenadas. Y no hay la menor señal de que algo no funcione excepto que no obedece los mandos. Tuve que

enviar a mi hijo que saliera por la casa del vecino a través de esa... esa raja.

Señaló la entrada por la que había penetrado el mecánico.

Éste sonrió y, consciente de su conocimiento sobre la materia en que era especialista, explicó:

—También es una puerta, señora. No tiene por qué utilizar las mayúsculas cuando escribe acerca de ella, pero es también una puerta. Una puerta manual. En un tiempo fue la única clase de puerta que se usaba.

—Bueno, pero al menos funciona. Mi hijo tuvo que salir por ahí, en medio de la suciedad y los gérmenes.

—No es tan malo estar en el exterior, señora —dijo el otro con la pedantería del degustador a quien la profesión le forzaba saborear el aire libre diariamente—. A veces es realmente desagradable. Pero, en fin, creo que lo que usted quiere es que arregle su Puerta, de modo que vamos al grano.

Se sentó en el suelo, abrió la gran caja de herramientas que había traído consigo y en medio minuto, mediante un desmagnetizador, tenía abiertas las tripas del panel de controles.

Murmuró para sí mismo mientras aplicaba los finos electrodos del comprobador de campo sobre numerosos puntos, estudiando las conexiones con los diales de mando. La señora Hanshaw lo contemplaba con los brazos cruzados.

—Aquí parece haber algo —dijo luego, y de un tirón desconectó la válvula de freno. Le dio unos golpecitos con la uña y dijo—: Esta válvula de freno está despolarizada, señora. Ése es todo su terrible problema. —Recorrió con el dedo un compartimiento de su caja de herramientas y extrajo un duplicado del objeto que había quitado del mecanismo de la puerta—. Estas cosas fallan cuando uno menos se lo espera.

Volvió a montar lo desmontado y se puso en pie.

—Ahora funcionará, señora.

Marcó una combinación de referencia, pulsó y volvió a pulsar otra vez. Cuantas veces lo hizo, el gris apagado de la Puerta se convertía en un oscuro violeta.

—¿Quiere firmar aquí, señora? Por favor, ponga también su número de cargo. Gracias, señora.

Marcó una nueva combinación, la de su taller, y con resuelto gesto caminó a través de la Puerta. Mientras su cuerpo penetraba en las tinieblas, todavía se recortaba. Luego, poco a poco, fue haciéndose cada vez menos visible hasta que, por último, sólo pudo distinguirse el reflejo de su caja de herramientas. Un segundo después de haberla atravesado por completo, la Puerta volvió a convertirse en una mancha cenicienta.

Media hora después, cuando la señora Hanshaw había terminado con sus preparativos interrumpidos y estaba intentando reparar los infortunios de aquella mañana, eh teléfono sonó anunciándole que sus verdaderos, problemas estaban por comenzar.

Miss Elizabeth Robbins estaba afligida. El pequeño Dick Hanshaw había sido siempre un buen alumno. Odiaba por ello mismo llamarle la atención. Pero, se decía a sí misma, su comportamiento estaba siendo verdaderamente curioso. De modo que decidió llamar a su madre y contárselo.

Dejó un estudiante a cargo de la clase durante la hora de estudio que tenían por la mañana y se dirigió al teléfono. Estableció el contacto y contempló la hermosa y de algún modo formidable cabeza de la señora Hanshaw dibujada en la pantalla.

Miss Robbins vaciló, pero ya era demasiado tarde para retroceder.

—Señora Hanshaw, soy la señorita Robbins. —Terminó la frase con una nota cantarina.

La señora Hanshaw pareció no entender. Luego dijo:

—¿La profesora de Richard? —Como réplica, también finalizó con una nota elevada.

—Exacto. La llamo, señora Hanshaw —prosiguió enderezando la trascendencia de sus palabras—, para decirle que Dick ha llegado bastante tarde esta mañana.

—¿Que llegó tarde? Pero eso es imposible. Yo misma lo vi salir.

La señorita Robbins pareció desconcertada.

—¿Quiere decir que usted lo vio usar la Puerta?

—Bueno, no exactamente. Nuestra Puerta se estropeó de madrugada, de modo que lo envié a que se sirviera de la Puerta de un vecino.

—¿Está usted segura?

—Claro que sí. ¿Para qué iba a mentir?

—No, no, señora Hanshaw, no quiero decir eso: Me refiero a que si usted está segura de que se dirigió a casa de su vecino. Porque pudo haberse perdido y no encontrar el camino correcto.

—Ridículo. Disponemos de mapas y estoy completamente segura de que Richard conoce el emplazamiento de cada casa en el Distrito A-3. —Luego, con el sereno orgullo de quien conoce sus privilegios, añadió—: Por supuesto que no necesita conocerlo. Las coordenadas están siempre dispuestas.

Miss Robbins, que procedía de una familia que había siempre economizado al máximo el uso de sus Puertas (el precio de la energía gastada era la causa) y que hacía sus trayectos generalmente a pie a una avanzada edad, se resintió en su amor propio.

—Pues me temo, señora Hanshaw, que Dick no usó la Puerta de los vecinos. Llegó retrasado en una hora y las condiciones de sus chanclos indicaban que había caminado campo a través. Estaban llenos de barro.

—¿Barro? —La señora Hanshaw repitió con grandilocuencia la palabra—. ¿Qué dijo él? ¿Qué excusa puso?

Miss Robbins lamentó no poder suministrarle la consoladora información que pedía, pero se regocijó en su interior por la alteración que había sufrido la otra mujer.

—No dijo nada al respecto. Francamente, señora Hanshaw, parecía estar enfermo. Por eso la he llamado. Tal vez desee usted que lo atienda un médico.

—¿Tiene fiebre? —La voz de la madre pareció surgir de una seca garganta.

—Oh, no. No me he referido a una enfermedad física. Se trata de su conducta y de la forma que tiene de mirar. — Se detuvo dudando, y luego añadió con delicadeza—: Pienso que un chequeo de rutina dentro de la competencia psíquica...

No pudo continuar. La señora Hanshaw, con el tono más elevado que el aparato intercomunicador le permitía, chilló:

—¿Está sugiriendo que Richard está neurótico?

—Claro que no, señora Hanshaw, sino...

—¡Pues parecía insinuarlo así! ¡Qué ocurrencia! Richard ha sido siempre un muchacho perfectamente sano. Ya me cuidaré de él cuando regrese a casa. Estoy segura de que debe haber una explicación normal que no dudará en darme a mí.

La conexión se interrumpió bruscamente y la señorita Robbins se sintió herida y desacostumbradamente violenta. Ah fin y al cabo sólo había intentado ser útil, cumplir con lo, que ella consideraba una obligación para con sus estudiantes.

Regresó al aula y lanzó una metálica mirada al reloj de pared. La hora de estudio estaba llegando a su fin. La siguiente versaría sobre composición de inglés.

Pero su cabeza estaba en otra parte. Automáticamente, fue llamando a los estudiantes que tenían que leer algunas selecciones de sus creaciones literarias. Y de vez en cuando grabó algún que otro fragmento que luego repasó con lenta vocalización para mostrar a los estudiantes cómo debía ser leído el inglés.

La mecánica voz del vocalizador, como siempre, acusaba perfección, pero, también como siempre, evidenciaba falta de carácter. A menudo se preguntaba si era correcto enseñar a los estudiantes un habla disociada de la individualidad, preocupada sólo por el acento y la entonación.

Ese día, en cambio, no pensaba en tal cosa. Sólo tenía ojos para Richard Hanshaw. Éste permanecía tranquilo en su asiento, evidenciando quizás excesiva indiferencia por cuanto le rodeaba. Estaba como sumido en sí mismo y no parecía ser el chico de siempre. Resultaba obvio para la Robbins que el muchacho había sufrido alguna inusual experiencia aquella mañana, y que, realmente, había acertado en avisar a la madre, aunque no debiera haber mencionado lo del chequeo. Tampoco era una exageración a aquella altura de los tiempos. Todo tipo de personas pasaba por él. No era ninguna desgracia someterse a una prueba. O no debería serlo, vaya.

Al fin se decidió a llamar a Richard. Lo llamó dos veces antes de que respondiera y se pusiera en pie.

La pregunta general solía ser: «Si quieres efectuar un viaje y debes escoger algún viejo vehículo, cuál elegirías y por qué». La Robbins intentaba usar el tópico cada semestre. Le parecía adecuado porque contenía un sentido histórico. Obligaba a los jóvenes cerebros a pensar sobre el *modus vivendi* mantenido en los pasados tiempos.

Se aprestó a escuchar cuando Richard comenzó a leer en voz baja.

—Si tuviera que elegir entre algún viejo «véhiculo» —comenzó, acentuando la e de vehículo en lugar de la i—, yo elegiría un globo aerostático. Viaja menos que los demás «véhiculos», pero es limpio. Como llega hasta la estratosfera, debe estar todo purificado para que uno no pueda coger enfermedades. Y se pueden ver las estrellas si es de noche tan bien como desde un observatorio. Si se mira abajo se puede ver la Tierra como un mapa o quizá se vean las nubes... —Y así prosiguió durante algunas páginas más.

—Richard —señaló la Robbins una vez hubo terminado el chico su lectura—, se dice ve-hí-cu-los y no vé-hi-cu-los. La h divide las dos vocales y debes acentuar la segunda, no la primera. Y no se dice «viaja menos» sino «corre menos». ¿Qué os parece a los demás?

Un pequeño coro de voces confluyó en una única respuesta de aprobación. Miss Robbins prosiguió.

—Muy bien, muy bien. Ahora, decidme: ¿qué diferencia hay entre un adjetivo y un adverbio? ¿Quién sabría decírmela?

Y así sucesivamente. La hora de la comida llegó; algunos alumnos se quedaron a comer en el comedor del colegio; otros marcharon a casa. Richard figuraba entre los que se quedaron. La señorita Robbins lo advirtió, percatándose de que aquello no era lo normal.

Llegó la tarde y, finalmente, sonó la campana de fin de jornada. Veinticinco chicos y chicas recogieron sus pertenencias y se dispusieron formando una fila.

Miss Robbins batía palmas.

—Aprisa, niños, aprisa. Vamos, Zelda, ocupa tu puesto.

—Me había olvidado mi grabadora, señorita Robbins — se excusó la niña.

—Pues cógela, cógela ya. Ahora, niños, apurad.

Pulsó el botón que corría una sección de pared y revelaba la tiniebla gris de una ancha Puerta. No era la Puerta usual que los estudiantes utilizaban para ir a casa a comer, sino un avanzado modelo que constituía el orgullo de cualquier colegio privado que se preciara.

En adición a su doble anchura, poseía un mecanismo accesorio dotado con un «manipulador serial automático», capaz de ajustar la puerta a un diverso número de diferentes coordenadas a intervalos automáticos.

A comienzos de semestre, la señorita Robbins empleaba siempre toda una, tarde con el mecanismo, ajustando la maquinaria a las coordenadas de las distintas casas de los nuevos alumnos. Pero luego, gracias a Dios, raramente

prestaba atención a las particularidades de un tan perfecto funcionamiento serial.

La clase se alineaba por orden alfabético, primero las chicas, luego los chicos. La Puerta se convirtió en violeta oscuro y Hester Adams agitó su mano mientras penetraba en su área.

—¡Adioooooo...!

El «adiós» se partía por la mitad, como siempre solía ocurrir.

La puerta se volvió gris, luego violeta nuevamente y Theresa Cantrocchi desapareció por ella. Gris, violeta, Zelda Charlowicz. Gris, violeta, Patricia Coombs. Gris, violeta, Sara Mary Evans.

La fila se reducía a medida que la Puerta los transportaba uno tras otro a sus respectivas casas. Naturalmente, podía ocurrir que una madre olvidara la Puerta de su casa abierta para la recepción en la ocasión oportuna, en cuyo caso la Puerta del colegio permanecía siempre gris. El violeta era señal de paso franco. Automáticamente, después de un minuto de espera, la Puerta entraba en su siguiente combinación mecánica comunicando con la casa del próximo niño de turno, mientras que el muchacho olvidado tenía que aguardar. Un oportuno telefonazo a los negligentes padres devolvía el mundo a su normal funcionamiento. No era conveniente que ocurrieran semejantes cosas, teniendo en cuenta la especial sensibilidad de los niños que veían así lo poco que sus padres se preocupaban por ellos. Miss Robbins, siempre que visitaba a los padres, procuraba ponerlo de relieve, aunque de vez en vez solía ocurrir.

Las chicas se agotaron y comenzó el turno de los niños. Primero John Abramowitz y luego Edwin Byrne...

Naturalmente, otro problema más frecuente era que algún chico entrara antes de turno. Lo hacían a pesar de la vigilancia del profesor que, reloj en mano, computaba los envíos. Claro que esto solía ocurrir principalmente a comien-

zos, de temporada, cuando el orden de la fila todavía no les era del todo familiar.

Cuando tal cosa ocurría, los niños eran enviados a casas ajenas y luego regresaban. Tomaba algunos minutos rectificar el error y los padres se disgustaban.

Miss Robbins advirtió repentinamente que la línea se había detenido. Se dirigió al chico que estaba en cabeza.

—Camina, Samuel. ¿A qué estás esperando?

—No es mi combinación, señorita Robbins.

—Bien, ¿de quién es, entonces?

Contempló la fila con impaciencia. Alguien estaba en un lugar que no le correspondía.

—De Dick Hanshaw, señorita Robbins.

—¿Dónde está?

Ahora contestó otro muchacho, con el más bien repelente tono de aquellos que, conscientes de su cumplimiento del deber, reprueban automáticamente cualquier desviación de sus compañeros y no dudan en denunciarla a los encargados de mantener la autoridad.

—Salió por la puerta de incendios, señorita Robbins.

—¿Qué?

La Puerta pasó a otra combinación y Samuel Jones penetró por ella. Uno tras otro, los chicos fueron despachados.

Miss Robbins quedó sola en el aula. Se dirigió a la puerta de incendios. Era pequeña, abierta manualmente, y oculta tras un recodo de la pared para que no rompiera la estética del paisaje.

La abrió de un tirón. Estaba allí como medio de fuga en caso de incendio, un artilugio que había perdurado anacrónicamente a pesar de los modernos extintores que todos los edificios públicos usaban. No había nada en el exterior, excepto lo exterior mismo... La luz del sol era mortecina y soplaba un viento polvoriento.

Miss Robbins cerró la puerta. Se alegraba de haber llamado a la señora Hanshaw. Había cumplido con su deber.

Más aún, era obvio que algo le ocurría a Richard. De nuevo sintió deseos de llamar por teléfono.

La señora Hanshaw había decidido finalmente no ir a Nueva York. Se había quedado en casa con una mezcla de ansiedad y rabia irracional, la última dirigida contra la descarada señorita Robbins.

Quince minutos antes del final de las clases su ansiedad comenzó a dirigirse hacia la Puerta. Un año atrás la había equipado con un mecanismo automático que la activaba según las coordenadas de la escuela, manteniéndola hasta la llegada de Richard.

Sus ojos permanecían fijos en el gris de la Puerta (¿por qué la inactividad del campo de fuerza no tenía otro color más vivo y alegre?) mientras esperaba. Sus manos sintieron frío y se buscaron inconscientemente.

La Puerta varió al violeta justo al preciso segundo pero nada ocurrió. Los minutos pasaron y Richard se demoraba. Luego comenzó a retardarse. Finalmente se hizo demasiado tarde.

Estuvo esperando durante un cuarto de hora. En circunstancias normales hubiera llamado a la escuela, pero ahora no podía hacerlo, no podía. No después que la profesora la había imbuido deliberadamente en aquella historia del estado mental de Richard. ¿Cómo iba a hacerlo?

La señora Hanshaw se removió intranquila en su asiento, encendió un cigarrillo con dedos temblorosos y expulsó el humo. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Podía Richard haberse quedado en la escuela por alguna razón? Se lo hubiera dicho anticipadamente. Se le ocurrió pensar que... él sabía que ella planeaba ir a Nueva York y que no estaría de vuelta hasta bien entrada la noche... No, se lo hubiera dicho. ¿Por qué se preocupaba entonces?

Su orgullo comenzó a resquebrajarse. Tendría que llamar a la escuela o si no (cerró los ojos al evocar la posibilidad) a la policía.